

## SERMON

## DE LA CRUZ.

*Ego si exaltatus fuero à terra, omnia tra-*  
*ham ad me ipsum.* Joannes capit. 12.

V. 32.

COMO los grandes dolores molestan al espíritu, le hacen incapáz de consuelo, y no le permiten considerar las razones que puedan templar su desagrado. La Iglesia, Señores, nos subministra una nueva prueba, para autorizar esta verdad tan conocida; porque como se hallaba en los dias anteriores, sensiblemente afligida por la muerte de su Esposo, no hallaba consuelo en sus mortales dolores, y abandonandose à los suspiros, y à las lagrimas, no veía en la Cruz del Hijo de Dios sino la ignominia y crueldad que la acompañan. Pero ahora que ha dado alguna tregua à sus disgustos, ahora que la Resurreccion de su Esposo la ha vuelto el regocijo y la libertad de su espíritu, empieza à notar unos motivos muy grandes de consuelo en aquel mismo que antes causaba su tristeza. Y así, sigamos, Señores, los sentimientos de la Esposa de Jesu-Christo, y si hallamos dificultad en comprehenderlos, consultemos à los de su Madre, que no le abandonó en la Cruz; y para que esta Señora nos alcance la inteli-

gencia de los Mystérios que en la Cruz se encierran, digamosla con el Angel:

## AVE MARIA.

Aunque el Apostol de las Gentes fue elevado al tercer Cielo, donde aprendió los mas altos Mystérios de la Religion Christiana, con todo eso, solamente hablaba despues el Apostol del humilde Mystério de la Cruz, y se gloria en sus Epistolas, de que no sabía, ni predicaba otra cosa que à Jesu-Christo crucificado: *Non judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum-Christum, & hunc crucifixum.* Algunos interpretes creyeron, que San Pablo trataba de humillarse por estas palabras; que su designio era persuadir à los fieles, que habia distribuido las acciones del Hijo de Dios entre los demás Apostoles, y que dexando por cuenta de ellos el hablar de las mas ilustres y pomposas, él habia elegido unicamente tratar de las mas humildes y obscuras. Pero ciertamente no puedo yo acomodarme à un modo de pensar, que juzgo no menos injurioso à las luces de San Pablo, que à los merecimientos de la Cruz: porque este grande Apostol nada ignoraba, pues sabía à Jesu-Christo crucificado, y el que estuviere bien instruido en la escuela de la Cruz, puede gloriarse de saber todos los Mystérios de la Christiana Religion. El nacimiento y la vida del Hijo de Dios tenían por ultimo fin la Cruz; y así, su muerte fue el termino ò punto centrico de todas las acciones de su vida. Su Resurreccion del sepulcro, y su Ascension al Cielo, sacan su valor y su virtud de su Pasion; de modo, que ésta fue el merito, y aquellas el premio: *Humilitas, dice S. Agustín, claritatis meritum, claritas humili-*  
ta-

*tatis præmium* (a). Y así, mi argumento, dividido en tres puntos, será, que la Cruz encierra en sí misma esplendor y pompa; porque si Jesu-Christo fue humillado en ella, también en ella fue glorificado. Si la Cruz fue el campo de batalla, donde combatió y deshizo à sus enemigos, también fue el glorioso carro, donde estuvo como en triunfo; y por consiguiente, os manifestaré, que la Cruz fue à un mismo tiempo combate, victoria y triunfo del mas ilustre conquistador del Universo. Dadme atencion.

## PRIMER PUNTO.

De todas las acciones de la Milicia, la mas importante y mas ardua es el combate. Pide éste, à la verdad, no menos valor que prudencia, y en el juicio de los expertos, su feliz éxito, mas depende de la fortuna, que del valor de los Soldados y conducta de los Capitanes. Por eso la Escritura Santa, que sin embargo de su sencillez no ha renunciado la eloquencia, para darnos à entender la grande inquietud de que están poseídos los pecadores, la compara à la de un Rey, que se halla sobre el punto de dár batalla; y por consiguiente, que vé su honor y aun su vida en las manos de los Soldados: *Vallabit. eum angustia sicut Regem qui præparatur ad prælium*. Porque así como el pecador, quando ha cometido algun crimen, es atormentado de inquietudes, roído de remordimientos, y afligido de dolores; así el Principe en la ocasion referida, es agitado de terribles pensamientos, devorado de amargas solicitudes, y perturbado de fu-

(a) Aug. tract. 104. in Joann.

funestos temores. Pero entre todos los combates del mundo, jamas hubo otro mas importante, que el que se dió sobre la Cruz entre Jesu-Christo y el demonio. Y puede con verdad decirse de él, lo que un Historiador profano dixo con mucha vanidad, del que se dió en otro tiempo en los llanos de Farsalia entre Cesar y Pompeyo; conviene à saber: que de su éxito dependia la suerte, no de una Ciudad, ò de un Imperio, sino del Cielo y de la tierra: *Urbis, Imperii, generis humani facta commissa sunt* (a).

Además del interés, que los hombres han recibido del referido combate, nada le hace tan considerable como la desigualdad en el modo de combatir de las dos partes: porque aunque Jesu-Christo era un hombre Dios, y por consiguiente, superaba en poder al demonio, con todo eso, le fue en esta ocasion muy inferior, porque no quiso valerse de sus fuerzas, sino de sus mismas debilidades para combatirle; solamente empleó los dolores, y su constante tolerancia para vencerle. El demonio, por el contrario, se valió de todo quanto hay mas temible en el mundo, y sobre sus fuerzas y artificios imploró el socorro de la muerte y del pecado, que no reynando en la tierra sino por influxo y diligencias suyas, eran interesados en conservar su Imperio. Expliquemos estas verdades, haciendo vér el poder de estos dos temibles enemigos.

El demonio era un vencedor insolente, que habia sujetado y esclavizado à todos los hombres en la persona del primer Padre, haciendolos gemir baxo la pesadéz de sus cadenas. Mas poderoso que los demás

(a) Florus lib. 4. c. 2.

más Soberanos, tenía cautivos sus espíritus y sus voluntades; y por consiguiente, los obligaba à erigirle altares, y adorarle como à Dios, siendo el primero y mayor de todos los rebeldes. El pecado que le reconocía por padre, le acompañaba y socorria en todos sus designios, siendo su malicia tan estendida por todo el genero humano, que no habia un solo descendiente del primer padre (exceptuando à Maria Madre de Dios) que no estuviese desgraciadamente infestado. Era asimismo tan universal este contagio, que no habia facultad en el alma, ni parte alguna en el cuerpo, que no le hubiese contrahido. De modo, que se pudiera afirmar de la humana naturaleza lo que Isaías dixo en otra ocasion de la Nacion Judaica: *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas*(a).

Todos estos terribles enemigos acometieron al Hijo de Dios sobre el Calvario. El demonio que juzgaba estar tratando con un puro hombre, intentó persuadir à Jesu-Christo descendiese de la Cruz, para manifestar su inocencia por medio de un milagro; mas su fin era hacerle perder el merito del sufrimiento. Sirvióse, para executar este designio, de la lengua de los mismos Judios, y añadiendo ultrajes à los tormentos, trató de interrumpir su sacrificio, y por consiguiente, de impedir la redencion del Universo: *Si Filius Dei est, descendat de Cruce*. El pecado, por otra parte, presentado à su Magestad con todos sus horrores, trató de espantarle, haciendole vér con toda distincion y claridad el numero y especie de todos los crimines del mundo. Y finalmente, la muer-

(a) Isaías c. 1. v. 6.

muerte más descarada que el demonio y que el pecado, viendo que este no habia podido quitarle su inocencia, ni aquel su constancia, se resolvió à quitarle el honor y la vida. Y tomando la forma mas horrible, y mas vergonzosa del mundo, le hizo padecer el suplicio de un esclavo desobediente. Pues ahora:

Contra los poderosos esfuerzos de estos tres enemigos, no empleó el Hijo de Dios otras armas, que las de sus mismas debilidades; no se valió para combatirlos, mas que del silencio, de la paciencia, y de la efusion de su misma sangre. Dos razones le obligaron à portarse de este modo. La primera nacia de la justicia; porque así como el Demonio no habia usado de su fuerza, sino de su maña y sagacidad, para vencer al primer hombre, no era razonable que el Hijo de Dios se valiese de su poder para vencer al Demonio. La segunda es tomada de su propia gloria; porque no hay cosa que así ensalce el valor, y espíritu de un Soldado, como el no emplear mas que unas débiles armas para vencer à un enemigo terrible, y que no se valga de todas sus fuerzas para acometerle; ò para defenderse. Y por tanto, admiramos el combate de David con el Gigante Goliath, en vista de la desigualdad de sus armas. David no era mas que un pastorcillo, y joven; Goliath era soldado, y Gigante. Este llevaba una lanza, y una espada, que aun en las manos de un hombre regular eran terribles: aquel solo tenia una honda, que aun en las manos del hombre mas valiente, no podia, al parecer, causar temor à su enemigo, y mucho menos vencerle con ella. Sin embargo, este pastorcillo derribó à aquel gran Coloso. La honda prevaleció contra la espada; y un jovencillo de aquel sobervio Gigante. Todo esto, Señores, no era mas que una figura de lo

que habia de suceder en el Calvario, donde Jesu-Christo, acometido del Demonio, que era por entonces Soberano de los hombres, del pecado, que era tyrano de sus almas, y de la muerte victoriosa de sus cuerpos, no se defendió sino con sufrir y padecer constantemente. No empleó contra la soberbia del Demonio, mas que su humildad; contra la malicia del pecado, mas que su inocencia; ni contra el rigor de la muerte, mas que su paciencia y debilidad. Aunque pudieramos decir, que no se sirvió de otras armas, que de las que habia quitado á sus mismos enemigos; y que así como David cortó la cabeza del Gigante con la espada, que le arrancó de sus manos, así Jesu-Christo destruyó á los tres referidos contrarios con las armas, que les tomó á ellos mismos: porque venció al Demonio con la imprudencia del Demonio mismo, que atreviéndose contra un Dios vestido de nuestra carne, perdió el derecho que habia adquirido sobre todos los hombres. Venció al pecado con sus mismos colores, de que el Señor se habia disfrazado: *In similitudinem carnis peccati*. Y en fin, deshizo ó venció á la Muerte, sufriendola con tanta fortaleza como humildad: *O mors, ero mors tua*. Mas sin saber como, del combate de la Cruz nos hemos entrado á referir su victoria; y ved aquí el segundo punto de este discurso. Y así mirad:

#### PUNTO SEGUNDO.

La victoria es el deseo de los Conquistadores, el fruto de sus combates, y la recompensa de todos sus trabajos. Y aunque en el mundo no hay cosa mas cruel y sangrienta, tampoco la hay mas gloriosa y brillante. Fingieron los Poetas, que sus Dioses aban-

donaban la conducta ó gobierno del Universo, por decidir en las batallas, y para disponer de sus acacimientos, y de la victoria. Algunos Santos Padres juzgaron tambien, que el Sol se habia detenido, para ser testigo de la que consiguió Josue sobre los enemigos de Dios; y que despues de haber iluminado su combate, quiso ilustrar su triunfo. No sé, á la verdad, qual sería el motivo de la detencion de este hermoso Astro, quando obedeció á las palabras de Josue; pero sé, que quando se eclipsó sobre el Calvario, fue igualmente para honrar la victoria de Jesu-Christo, y para llorar su muerte: porque habiendo sido la muerte de este Señor el golpe decisivo, que arruinó á sus contrarios, llorando el Sol su muerte, celebró al mismo tiempo su victoria. Pero sin profundizar las causas, que le obligaron á eclipsarse, consideremos las ventajas que de esta victoria consiguió su Magestad sobre el Demonio, sobre el pecado, y sobre la muerte.

Nadie ignora, que el Hijo de Dios venció al Demonio en mil ocasiones; pues toda su vida está llena de las victorias que consiguió sobre él. Le venció en el desierto, quando defendiéndose de sus tentaciones con tanto esfuerzo como prudencia, le llenó de confusion y de pesar. Le venció en la Judea, quando arrojandole de los cuerpos que poseía, y echandole á los desiertos, obligó á esté sobervio espíritu, que en algun tiempo pretendió el seno de su Eterno Padre, pedir para su retiro y morada, el infame vientre de los cerdos: *Mitte nos in gregem porcorum* (a). Pero consumó sus victorias sobre la Cruz, destruyendo allí

Cc 2

del

(a) Matth. 38. v. 31.

del todo à este enemigo, à quien tantas veces habia escarmentado. Porque allí fue, donde arrancó de entre sus manos aquella funesta promesa, que le habia hecho nuestro primer Padre, y en la que habia empeñado à toda su descendencia. Allí fue, donde le encadenó, y reduxo à un estado, en que como dice San Agustín, puede ladrar à los hombres, pero no puede morderles: *Latrare potest, mordere non potest* (a). Allí fue, donde le despojó de su poder, debilitándole de tal manera, que no puede ya vencer, sino à los que quieren ser vencidos; no puede triunfar, sino de aquellos, que por una insignie desidia, ò por una extrema desesperacion, se sujetan à él: *Non potest vincere, nisi volentem* (b). ¡Qué satisfaccion no daria à sus Soldados un Conquistador, si les asegurase que la victoria dependia de su arbitrio! ¿que no podrian ser vencidos, si ellos no consentian? ¿que no sabrian sus enemigos, cómo ò con qué hacerles daño, si ellos no les daban las armas? Finalmente, Jesu-Christo trató al Demonio desde la Cruz, como à un esclavo; y desde aquel feliz momento, le hace servir à sus designios, obligándole, y à castigar por orden suya à los pecadores, y à exercitando, y dando ocasiones de merecer à los Justos.

Mas para que constase à todo el mundo, que à este enemigo, tantas veces vencido, se le acabó el poder y la fuerza, quiso el Hijo de Dios que todos sus servidores le ultrajasen; y que entre aquellos que se consagran à su servicio, los menos considerables por su orden, como son los Exorcistas, tuviesen po-

(a) Aug. Serm. 197. de tempore.

(b) Aug. Ibidem.

der de arrojarle de los sitios y lugares, donde intenta hacer daño. Esta, como dixe, es la autoridad de los Exorcistas, en virtud de su orden. Y asi, mandan al Demonio como à esclavo suyo, y obligan à este usurpador à retirarse de aquellos miserables à quienes posee. Este milagro era tan comun en el principio de la Iglesia, que los Paganos acusaban por Magicos à los Fieles, imaginando tenian algunos caracteres ò encantos, que les daban imperio sobre el Demonio. Pero San Juan Chrysostomo, confesando este poder, y negando el crimen, decia elegantemente à los Paganos: es verdad que nosotros poseemos encantos, pero es falso que seamos Magicos. Nuestros encantos son unos encantos inocentes, pero terribles para los Demonios; porque el nombre de JESUS, que pronunciamos, y la señal de la Cruz que hacemos, forman todos nuestros encantamientos, y causan todo el terror à los malignos spiritus: *Carmina nostra sunt Crux, et nomen Jesu* (a).

Pero si el Hijo de Dios consiguió sobre el Demonio tantos triunfos, no consiguió menos sobre el pecado, sin embargo de haber sido la ocasion de su nacimiento, y la causa de su muerte: porque segun el parecer de la mas autorizada Teología, el Verbo Eterno no hubiera encarnado, si no hubiera habido culpa que destruir. Esto es, si Adán no hubiera perdido su inocencia, no hubiera tomado nuestra naturaleza el hijo de Dios. El pecado, pues, del primer Padre le obligó à nacer, y juntamente à morir; pero esta muerte lo fue tambien de aquella culpa; y quando Jesu-Christo, cubierto de las apariencias de peccador,

(a) Chrys. Serm. de Cruce.

dor, perdió la vida sobre la Cruz, triunfó de este enemigo, que habia triunfado de todos los hombres: *De peccato damnavit peccatum* (a). Con el pecado, dice el Apostol, condenó al pecado. Palabras que encierran un gran sentido; y por consiguiente, merecen ser explicadas, porque contienen la derrota de nuestro enemigo, y la victoria de nuestro libertador. Jesu-Christo, dice San Pablo, condenó al pecado con el pecado. Es decir: el Hijo de Dios, revestido de una carne inocente, pero que tenia las apariencias de culpable ò del pecado, venció al pecado sobre la Cruz. O de otro modo: Jesu-Christo, hecho la víctima del pecado, que segun la frase de la Escritura, se intituló al pecado por su sacrificio. O en otra forma: el hijo de Dios triunfó del pecado con la muerte, que siendo hija del pecado, se llamaba como su Padre, intitulandose pecado como él: *De peccato damnavit peccatum*.

Y de hecho, su Magestad sobre la Cruz pagó por todos nuestros pecados, satisfaciendo tan completamente à su Eterno Padre, por medio de su muerte, que no teniendo yá la Justicia de este Señor derecho de castigarnos, remitió este poder en las manos de su Hijo. Mas para que la victoria de este Señor, conseguida en la Cruz, fuese mas completa y señalada, quiso que sus principales Ministros pudiesen conferir la gracia en su estado, absolviendo à sus vasallos de la tiranía del pecado. Y así, los Obispos y Presbíteros son constituidos en la Iglesia, para hacer guerra al pecado; para proseguir la victoria de Jesu-Christo sobre este

mons-

(a) Rom. 8. v. 3.

monstruo, y para arrojarle à los Infernos con el Demonio, de quien es hijo: *Quorum remisistis peccata, remittuntur eis*.

En fin, su Magestad venció à la muerte sobre la Cruz, y consiguió mil triunfos sobre esta insolente vencedora, que reynaba desde Adán hasta Moysés; esto es, desde el principio de la Ley Natural, hasta el fin de la Escrita: porque además de que Jesu-Christo hizo con su muerte morir à la misma muerte: *O mors ero mors tua*; y que este muerto, como dice San Agustín, estando para espirar en la Cruz, fue el inocente matador de la muerte: *Mortuus ille, mortis interfector fuit, et mors in illo potius mortua est, quam ille in morte* (a); es cosa cierta, que la muerte mudó de condicion, pues si antes, nos llenaba de temor, ahora nos llena de esperanza. Si antes era el suplicio de los pecadores, ahora es el sacrificio de los justos. Si antes era la seña de la ira de Dios, ahora es el testimonio de nuestro amor. Si antes, en fin, era la que nos llevaba al Infierno, ahora es la que nos conduce al Paraíso. Y esto es lo que obligó à los Santos Padres à formar el elogio de la muerte, y à considerarla, no con aquellos horrores de que la revistió el pecado de Adán, sino con las gracias y y atraçivos, con que la hermoseó la Cruz de Jesu-Christo: *Justi meritum*, dice San Agustín, *fit peccatoris supplicium*. La Muerte, dice, que era la pena del culpado, ha venido à ser el merito del justo. La que era el terror de los delinquentes, es ahora la esperanza de los inocentes, dice San Bernardo: *Usurparis ad latitiam, mater meroris; usurparis ad gloriam*,

(a) Aug. in Ps. 51.

*rtam, glorie inimica; usur partis ad introitum regni, porta inferi* (a). Vos erais, dice el citado Santo, hablando con la Muerte, vos erais la madre de la tristeza; y ahora lo sois de la alegría. Vos erais la enemiga de la gloria, y ahora nos la conseguis. Vos erais la puérta del Infierno, y ahora sois la de la Gloria.

¿No es esto, Señores míos, haber mudado la muerte de condicion? y a vista de estos prodigios, ¿no nos vemos obligados à confesar, que Jesu-Christo destruyó à la muerte con la muerte, venció al pecado con el pecado, y derrotó al demonio con el demonio mismo? La ciega Gentilidad, queriendo ensalzar el valor de su Hercules, decia, que habia vencido monstruos con las armas de otros monstruos, à quienes habia deshecho; porque quando acometió à los Gigantes, y à los Centauros, estaba revestido de la piel del Leon, y de la cabeza de la Hydria; que habia derrotado: *Armatus venit Leone et Hydria* (b). Pero la Iglesia Universal puede verdaderamente decir, que Jesu-Christo venció à sus enemigos con los despojos que él les habia quitado, batiendolos con sus mismas armas. Conviene à saber, destruyó al demonio con la imprudencia del mismo demonio; el pecado, con las apariencias del pecado mismo; y à la muerte con la debilidad de la propia muerte; y por consecuencia, siendo triunfante, y victorioso sobre estos tres enemigos, en aquella Cruz, donde los derrotó y los deshizo, que es lo que vamos à ver en la continuation de este discurso.

PUN-

(a) Bern. in Cant. (b) Seneca in Herc. florent.

## PUNTO TERCERO.

Era el triunfo, en algun tiempo, el honor mas grande que reconocia sobre la tierra la virtud de los hombres; era el fruto de la victoria, así como ésta lo era del combate; era el estímulo que despertaba la virtud de los Griegos y de los Romanos. Esta gloria, pues, que no duraba mas que una tarde, los animaba toda su vida, y la esperanza de este favor les hacia despreciar todos los peligros, y sufrir todos los trabajos que acompañan à la guerra. La pompa de este triunfo era tan brillante (aunque de corta duracion), que la vanidad habia colocado en ella todo quanto puede lisonjear los sentidos, y llenar de satisfacciones al espíritu humano. Era conducido el victorioso sobre un magnifico carró triunfal, tirado ò de leones, ò de elefantes, ò de unicornios, segun los animales que producía el País que habia conquistado el triunfador. Iba seguido de la tropa, para que tuviese parte en la gloria, habiendola tenido en los trabajos. Los cautivos que habia hecho, caminaban delante del carro, cargados de cadenas y de yeros. El Pueblo y el Senado le recibian à la entrada de la Ciudad, le coronaban de flores, y le colmaban de alabanzas. Los despojos que habia cogido à sus enemigos componian una gran parte de esta pompa, y la distribucion que de ellos hacia el vencedor entre sus soldados eran la conclusion del triunfo. Confieso, Señores, que este honor tenia bastante atractivo para fascinar los ojos y el espíritu de los hombres, y no me admiro de que las Republicas de Atenas y de Roma hayan logrado tan grandes Capitanes.

nes, interin honraban su valor con recompensa tan magnífica.

Pero si considerais con los ojos de la fé el triunfo de Jesu-Christo sobre la Cruz, hallareis, que todos los de los Romanos y de los Griegos no eran otra cosa que ilusiones y sueños. Imaginaos, pues, Señores, que la Cruz no es un patibulo, sino un carro triunfal; que Jesu-Christo no es un reo, sino un conquistador victorioso, y para que la razon se agregue à la fé, reparad lo que sucede en el Calvario, y confesareis que la muerte del Hijo de Dios no tiene visos de suplicio sino de triunfo. Su Magestad hace desde aquella elevacion gracias y profusiones à todo el mundo, y como triunfa ò manda en el Cielo, así como en la tierra, quiere que todas las partes del Universo experimenten sus liberalidades. Dá su espíritu à su Padre, y su cuerpo à Josef de Arimathéa. Consigue gracias para sus verdugos; promete el Paraíso à un ladrón que le acompaña; repasa sus merecimientos à su Iglesia; derrama su sangre por la redencion de todos los hombres; confia su Madre à San Juan; su Esposa à San Pedro; y no reservando para sí sino la gloria, que es la recompensa de los vencedores, distribuye todo quanto posee entre sus vasallos ò soldados.

Recibe aclamaciones de todas las criaturas, pues, fuera del ladrón que le reconoce por Rey, y le pide la gracia de ser admitido en su Reyno, los verdugos reconocen su inocencia, y publican su divinidad. El Calvario duplica los ecos de sus alabanzas, los soldados se mudan en Apostoles, y al mismo tiempo que sus tímidos è infieles Discipulos no osan hablar, los Ministros de Pilatos, animados del Espiritu Santo, y

pe-

penetrados de los prodigios que han visto, reconocen à Jesu-Christo no solamente como inocente, sino como Hijo de Dios. Verdaderamente este hombre era justo, decian unos: *Verè hic homo justus erat* (a), verdaderamente, decian otros, era Hijo de Dios: *Verè Filius Dei erat iste* (b). ¿Y en qué triunfo, Señores, se han dado estas alabanzas al vencedor? ¿Quién podrá ser intitulado justo, despues de haber arruinado las Ciudades, desolado las Provincias, y deshecho exercitos enteros? ¿No se opondrian à estas falsas alabanzas las viudas y los huerfanos? pidiendo las unas à sus maridos, y los otros à sus padres, ¿no acusarian al triunfador de injusto, violento y homicida? ¿Pero en qué pompa, Señores, se le ha dado al victorioso el ensalzado titulo de Hijo de Dios? ¿En dónde, no digo haciendo el papel de reo, sino el de triunfador, se ha hecho à un hombre el honor de tenerle por Dios? ¿En dónde, sino en el Calvario, no digo los verdugos, sino los vasallos, han ensalzado tan altamente el merito de su Soberano? Y si estos hombres son sospechosos, si creéis, digo, que la paciencia de un hombre moribundo los ha espantado, ò que las promesas de un hombre puesto en un patibulo los ha corrompido; escuchad la voz de todas las criaturas; considerad la tierra que se estremece, los sepulcros que se abren, el Sol que se eclipsa, las estrellas que se esconden, la naturaleza que se viste de luto; y confesad, que una pompa funebre tan magnífica ofusca y borra la pompa de todos los triunfos de los conquistadores.

Despues de haber creído à vuestros ojos, y à

Dd2

vues-

(a) Luca 23. v. 47. (b) Matth. 24. v. 33.



vuestros oídos, creed à la fé, y aprended de ella por boca de San Pablo, que si la Cruz es un patibulo en que Jesu-Christo fue colocado como un delinquente, tambien fue un carro, donde fue ensalzado como un triunfador, y desde el qual tiene encadenados à los demonios como à otros tantos enemigos vencidos, y otros tantos esclavos sujetos: *Expolians principatus, & potestates traduxit confidenter palam triumphans illos in semetipso* (a). ¿Habeis visto algun Principe, que haya triunfado de los Angeles? ¿Habeis hallado algun victorioso, que haya puesto al infierno entre el numero de sus conquistas? ¿que se haya gloriado de haber deshecho à los demonios, atando à su carro à estos sobervios espiritus, que se hacian llamar Dióses en el mundo? Pero permitidme emplear aqui las expresiones de San Ambrosio, para describir la pompa del Crucificado, y de su Cruz. El vencedor, dice, sube sobre su carro; y no como quiera cuelga del tronco de un arbol los despojos de un enemigo mortal, sino que cuelga de su triunfante patibulo los despojos del mundo, y del infierno. No vemos alli, al modo que en los triunfos ordinarios, tropas de soldados con sus manos atadas sobre la espalda, sino Reyes cautivos cargados de cadenas. No vemos la topografia ò pinturas de las Ciudades que han sido tomadas ò abatidas, sino que vemos Pueblos llenos de alegría, llamados, no al suplicio, sino à la gloria. Vemos Reyes, que humilde y voluntariamente adoran al vencedor, y Ciudades, que vencidas sin violencia, reconocen por su libertador al mismo que de ellas ha triunfado. Vemos brillar las

ar-

(a) Ad Colos. 2, v. 15.

armas de la fé; vemos cautivo al Principe de este mundo; vemos à los espiritus malignos obedecer à la imperiosa voz de un hombre, de quien en otro tiempo eran tyranos. Vemos resplandecer alli la continencia, brillar la castidad, y al valor y à la piedad cargados con los despojos de la muerte. Vemos, finalmente, en el triunfo de la Cruz, el triunfo del verdadero Dios; y que habiendo aquella sometido à su Magestad todos los hombres, puede gloriarse de haberlos hecho triunfar con él (a). En vista de tantas maravillas, confesemos que Jesu-Christo es un verdadero triunfador; que su Cruz es el carro donde llevó cautivos à los demonios; que el Imperio del Universo es el fruto de su victoria, y que muriendo en la execucion de este gran designio, puede decir con mayor gloria, que cierto soldado Judío, que fue sepultado en su mismo triunfo: *Suo sepultus est triumpho* (b).

Añadamos, Señores, à lo referido, que este insigne triunfo no es de la naturaleza de aquellos, que nacen y mueren dentro de un mismo dia; y que à pesar de todos los esfuerzos de la vanidad humana, solo logran veinte y quatro horas de duracion, sino que ha durado por todos los siglos; ha tenido por testigos à todos los pueblos de la tierra; y no se ha visto Principe ò Soberano, que no haya solicitado tener parte en su pompa. Los Christianos que están distribuidos por toda la redondéz, honran al presente este triunfo, llevan la Cruz sobre su frente, como signo del pudor, testificando con esta accion religiosa, que colocan toda su gloria en el suplicio de

su

(a) Ambr. lib. 10. in Luc. c. 23. (b) Ambr. lib. de Officiis.

su divino libertador. Los Reyes, que no tienen cosa mas estimada que su corona, y que juzgan, como Alexandro, que la cabeza del que, durante su vida, se atreve à ceñirla, merece la muerte, colocan en ella la Cruz como su principal ornato, y unica defensa. Todos, en fin, se arman con esta señal adorable, y todos se glorian de sacar su gloria de este dicho-so, donde el vencedor del mundo triunfó de la muerte, del demonio, y del pecado. Valgamonos para describir las maravillas de esta pompa de las palabras mas eloquentes, que se pueden pensar, y digamos con Tertuliano, que los fieles para desagaviar à Dios por el desearo de la idolatria, satisfacen à su Magestad con el desearo de su fé. Que asi como los Paganos habian perdido la vergüenza de adorar Dioses de bronce y de marmol, asi los Fieles pierden todo el pudor de adorar à un Dios enclavado en una Cruz; y si aquellos se jactaban de poner toda su esperanza en los idolos, estos se glorian de fundar su salvacion en este Dios, que triunfó del Universo con su muerte: *Pro impudentia idolatriæ de Christo non confusus, satisfecit Deo per impudentiam fidei* (a).

Y en efecto, Señores, ¿quién hay ahora entre los fieles, que no desee tener parte en este triunfo? ¿quién, que no se glorie de ser vasallo del crucificado? ¿quién, que no apetezca hacerle compañía entre la turba de sus soldados, ò de sus siervos? ¿y quién, que no publique por todas partes, que à él debe la libertad y la vida? Confesemos por lo mismo, Señores, que aun le falta alguna cosa à la pompa de este triunfo; que no tuvo sobre el Calvario todas las grandezas po-

si-

sibles; que no las logra ni aun en la Iglesia presente, siendo asi que es el Reyno del Hijo de Dios; y que no las tendrá enteramente hasta el dia del juicio final, que será el verdadero triunfo del Crucificado.

Y asi; bien sé que el Padre Eterno tuvo cuidado de honrar à su Hijo, quando por hacer su voluntad, perdió el honor y la vida sobre la Cruz. Ya habeis oído, y no hay necesidad de repetirlo, que la Divina Magestad mudó la Cruz en un trono ò en un carro triunfal; que hizo alabasen à su Hijo hasta las bocas de los mismos verdugos, y que obligó à los elementos à publicar su inocencia, y su victoria. Mas como era necesario, que su hijo muriese por nuestra salvacion, permitió que su triunfo fuese acompañado de ultrages, y que hubiese bocas impuras, que llenasen de calumnias à su inocente y adorable persona. Por cuyo motivo, hubo insolentes que se mofaban de su impotencia, diciendole, con tanto desearo como crueldad, que despues de haber salvado à otros, no podia salvarse à sí mismo: *Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere* (a): pretendiendo reducirle à la necesidad de abandonar la obra de nuestra redencion, ò de perder su reputacion con la vida. Y asi,

El triunfo de la Cruz logra en la Iglesia mayor esplendor que en el Calvario; porque en la Iglesia está mezclado con las mas santas ceremonias de la Religion; y siempre que en ella se practica alguna cosa memorable, se empieza ò se finaliza por la virtud de la Cruz, y por el poder del Crucificado. La Cruz es tambien la que consagra à los Obispos, y à los Pres-

bí-

(a) Tertull. advers. Marcion. lib. 4.

(a) Matth. 27. v. 42.

biteros ; la que produce nuestros Sacramentos ; la que combate à nuestros enemigos , y ayuenta los demonios. La Cruz , en fin , es la que santifica nuestras palabras , nuestras acciones , y nuestras platicas : *Ad omnem adum manus pingit crucem* , dice San Gerónimo : *Quocumque nos conversatio exercet* , dice Tertuliano : *frontem Crucis signaculo serimus*. Pero esto no quita , que tenga enemigos que la aborrecen y persiguen ; que forjan idolos del placer , y del honor ; que son esclavos de las inclinaciones de su espíritu , y de su cuerpo ; y que no pudiendo sufrir ni los dolores , ni los desprecios , declaren practicamente , que condenan la doctrina de la Cruz. S. Pablo se quejaba ya de este desorden desde el principio de la Iglesia ; y manifestaba con lagrimas el horror y la compasion que tenia de su insolencia y ceguedad : *Multi inter vos ambulans quos saepe dicebam vobis . Et nunc sicut dico , inimicos Crucis Christi , quorum finis interitus , quorum Deus venter est , quorum gloria in confusione ipsorum , qui terrena sapientia* (a). Siempre os lo dixé con toda claridad , y ahora os lo repito con lagrimas , que entre vosotros hay muchos enemigos de la Cruz , cuyo fin será funesto , y tragico , porque son unas gentes que hacen un Dios de su estomago ; que de su misma confusion y desdoro hacen vanidad ; y que no tienen mas amor , ni aprecian otras cosas que las terrenas y caducas.

¡Ay , Señores ! El numero de estos enemigos se ha multiplicado con el tiempo. Hay muchos Christianos que solamente honran la Cruz en la apariencia , y la ultrajan en la realidad. Que la signan sobre

su

(a) Paul. ad Philip. 3. v. 18.

su frente , y no la gravan en su corazon ; porque si la tuvieran algun respeto , ¿ no habian de recibir con alegría y conformidad las aflicciones y las enfermedades , que llevan su caracter ? ¿ no sufririan con paciencia las penas y las injurias , que son sus mas fieles imagenes ? Confesemos , pues , à pesar de nuestra confusion , que aunque somos adoradores de la Cruz , no por eso dexamos de ser sus enemigos ; que si recibe algunas alabanzas de nuestra boca , recibe mil ultrajes de nuestro corazon , y de nuestra mano ; y por consiguiente , que la gloria de su triunfo no es tan pura en la Iglesia , que no esté mezclada con la ignominia y el desprecio.

Mas en el terrible dia del Juicio final , recibirá la Cruz las veneraciones de todo el mundo. Recibirá alabanzas de todas las criaturas ; y el Hijo de Dios la colocará en el Cielo , como monumento eterno de su victoria : *Crucem non solum non reliquit in terra , sed secum levavit in Caelum* , dice San Juan Chrysostomo , *tamquam vexillum victoriae triumphantis* (a). El Hijo de Dios obligará à sus enemigos à encar la rodilla delante del Carro de su triunfo , y poniendo fin entonces à todas sus conquistas , destruirá el orgullo de los que se burlaron de sus humillaciones , y de sus penas. ¡ Ah ! ¿ qué honor no recibirá la Cruz en una pompa tan augusta , y tan publica ! pero y qué horror , qué temor no infundirá à todos los que la hayan menospreciado ! ¿ qué justos resentimientos no inspirará al Hijo de Dios contra sus enemigos ? Entonces , Señores mios , será , quando nuestro Abogado se convierta en nuestro Juez. Entonces será , quando aquel

Tom. II.

Ee

(a) Chrys. homil. in hæc verba Filii hujus in Cælo , &amp;c. l. 3. c. 22.

que ha patrocinado nuestra causa sobre la Cruz, pronunciará nuestra sentencia à vista de la Cruz misma; y convirtiendo su amor en furor, nos hará los justos cargos por la inutilidad de su muerte, y por la pérdida de su sangre. Este triunfo, Señores, será augusto; pero será espantoso. Nada realizará tanto la Magstad del Juez, como las afrentas mismas que recibió en la Cruz. Nada agriará tanto su colera, como la dulzura, que en ella nos manifestó; y nada animará tanto à este victorioso ultrajado, como el desprecio que nosotros hacemos ahora de los dolores, que en la Cruz sufrió. ¡Qué triunfo, pues, para el Crucificado, y qué confusión para los pecadores! ¡qué pompa para la Cruz, y qué espanto para sus enemigos! ¡qué gloria para el Calvario; y qué deshonor y verguenza, para los que haciendo profesión de ser discípulos de una escuela tan santa, no han observado una de sus máximas en toda su vida!

Mas por grande que sea la gloria que pueda recibir la Cruz en aquel triunfo, mas quiere, sin duda, ser honrada en la tierra, que en el Cielo; mas quiere ser gravada en el corazón de los hombres, que sobre los Astrós del Firmamento. Y como es la hija primogenita de la misericordia, sus templos mas queridos son las almas de los Fieles. Entre todas las deidades, que adoraba el Paganismo, solamente la misericordia no tenía ni estatuas ni templos. Los miserables eran sus imagenes, y para honrar bien à la Diosa, no era necesario mas que socorrerlos. Los corazones de los hombres piadosos y compasivos eran sus templos; y para colocarla con magnificencia, no necesitaban mas que recibirla en sus entrañas. Y ved aqui los sentimientos, y atributos de la Cruz. Las aflicciones son sus estatuas ò imagenes; nuestros corazones sus templos;

plos; y mas desea residir, por medio del amor y aprecio, en nuestras almas, que en nuestras Iglesias, por medio de un culto exterior ò ceremonia aparente. Corresponded, pues, à sus deseos, llevadla sobre la frente, y sobre el corazon. Y respecto de que después de haber combatido el Hijo de Dios à sus enemigos por medio de la Cruz, ha triunfado tambien en ella, y por ella; combatid y venced à los vuestros por su socorro, para que habiendole glorificado en la tierra, le glorifiqueis por los siglos de los siglos en el Cielo. Asi sea. Amen.

